

con ciertas condiciones útiles para el tesoro, emprender viajes de exploración, puso de acuerdo á Ojeda y á Américo Vespucio, les facilitó las últimas noticias que habia enviado Colón, los descubrimientos del Golfo de Paria, y las perlas que tambien habia enviado el almirante, mandó sacar copia de los mapas, se los entregó, y con estos elementos no vaciló Américo Vespucio en arriesgar toda su fortuna y su crédito en aquella obra.

Firmó, pues, un acto con Ojeda, comprometiéndose á tener dispuestos cuatro buques á principios de Mayo de 1499 para emprender un viaje de descubrimientos, estipulando las bases de aquella empresa.

Ebrio de gozo Américo porque se realizaban sus designos, porque veia próximo el día en que podria presentarse á reclamar á su hija y ofrecerla una fortuna superior á la que abandonaba, emprendió la expedición con verdadero entusiasmo, olvidándose de que iba á hollar los derechos del almirante, y de que siendo su compatriota y habiendo sido su protector, iba á llenar de amargura los últimos días de la vida de aquel gran hombre.

Los buques se pusieron en camino, siguieron el Golfo de Paria, como he indicado ya, con bastante buen éxito, y tocaron en la costa de la Española para reponerse y adquirir provisiones.

Veamos ahora cuál fué la determinación que tomó Roldán al saber el objeto del viaje de Ojeda y Américo Vespucio, y el poco prestigio que tenia ya en la corte el almirante.

## Capítulo LXXVII.

### Intrigas.

Devorando en secreto su amargura, aguardó Colón á que Ojeda cumplierse su promesa para saber á qué atenerse de una manera clara y terminante.

Pero su promesa habia sido un pretexto para evitar las complicaciones que hubiera podido suscitar el carácter intrigante y audaz de Francisco Roldán, y en vez de encaminarse á Santo Domingo cuando tuvo provisiones y mejoró el estado de sus buques, se encaminó á la costa de Xaragua, en donde desembarcó, siendo recibido con entusiasmo por los españoles.

Entre los que guarnecian aquel departamento se hallaban muchos de los rebeldes que estaban descontentos de Roldán, porque les habia abandonado y que

al saber el viaje de Ojeda descubrieron en él un nuevo caudillo con más elementos que los anteriores para conducirlos al triunfo, y le aclamaron, asegurándole que le obedecerían en todo y por todo, siempre que tomase á su cargo su defensa, los librase de la tiranía del almirante, se apoderase del mando y escribiese á los reyes anunciándoles que había tenido necesidad de adoptar aquellas medidas extremas para salvar el conflicto que amenazaba á la colonia.

Protegido Ojeda por Fonseca, que influía poderosamente en el ánimo del rey; enferma de gravedad la reina, que era la única protectora leal y desinteresada de Colón; menguado en gran manera el prestigio que éste había disfrutado en el ánimo de los reyes y en la opinión pública de España, creyó que aquel era el momento de arrebatar de las manos de Colón las riendas del gobierno y de erigirse en jefe y árbitro de la colonia; y acogiendo la proposición de los colonos de Xaragua, les ofreció ponerse al frente de ellos y encaminarse á Santo Domingo para que el almirante les hiciese justicia y les pagase sus salarios al punto, so pena de arrojarle de la isla y llevarle á España para que se defendiese de los cargos que todos formularían contra él.

Esta resolución no produjo el mismo efecto en todos los que la oyeron.

Los unos aclamaron á Ojeda, asegurando que era su salvador.

Los otros se opusieron á concederle tan amplias facultades.

Disputaron unos y otros; de las palabras se fueron á las manos, y hubo una lucha violenta, que dió lugar á la muerte de algunos, y en la que no pocos quedaron fuera de combate.

Pero transigieron los rebeldes, y se adoptó el proyecto de ir con Ojeda á Santo Domingo á pedir cuentas de su conducta al almirante.

En aquellos momentos llegó Roldán á las cercanías del sitio donde tenía lugar la conferencia de Ojeda con algunos hombres resueltos, á quienes había enviado el almirante á sus órdenes para que observasen á Ojeda.

Roldán, de acuerdo con su camarada Diego de Escobar, llegó á Xaragua.

Ocurrió un incidente que merece referirse, porque es una prueba del porvenir que tienen siempre los traidores.

Los partidarios de Colón, que más tarde se rebelaron contra él, convencidos de que Roldán prestaba un sincero apoyo al almirante y de que no podrían contar con él para que intentase una nueva insurrección, resolvieron tenderle un lazo y obligarle á que de grado ó fuerza secundase sus intenciones.

No faltó quien anunciara á Ojeda la proximidad de Roldán y Escobar, y por evitar una lucha que podría comprometerle, cediendo á los consejos de Américo Vespucio, se retiró á las carabelas.

Roldán escribió una carta á Ojeda reprobando su conducta y pidiéndole en nombre del almirante que desembarcase para entrar con él en negociaciones

que pusieran término á las diferencias que existían en la isla con motivo de su llegada.

Ojeda no contestó siquiera á esta proposición, y antes al contrario, sorprendiendo dos veces los destacamentos que para recorrer la costa enviaba Roldan, se apoderó de dos de sus soldados más valientes.

A partir de aquel momento, comenzó una lucha entre Roldan y Ojeda más de astucia que de otro género.

Ojeda avanzó doce leguas hácia el Norte en sus buques, y Roldan le siguió por tierra con sus tropas.

No hallando medio de conferenciar con Ojeda, envió á su amigo Escobar en una canoa hasta el buque para que le dijese que toda vez que no quería bajar á tierra, Roldan iría á verle á bordo, siempre que le enviase el bote.

Accedió á sus deseos, y le envió una lancha para que Roldan se trasladase en ella á su carabela.

—¿Cuánta gente puede acompañarme?—preguntó Roldan.

—Nos han dado orden,—dijeron los marinos,—de no dejar entrar en la lancha más que á cinco ó seis hombres.

El bote estaba á alguna distancia de la orilla, y Diego Escobar, con cuatro hombres, llegó á tierra con el agua á la cintura.

Los marineros no quisieron permitir la entrada de más hombres en la lancha.

Pero Roldan dispuso, para no mojarse, que le condujeren en hombros sus soldados, y de este modo lo

gró elevar el número de su fuerza á ocho hombres.

Apenas entró en el bote, mandó á los marineros que remasen en dirección de la orilla.

Negáronse á cumplir esta orden, y los compañeros de Roldan, que estaban prevenidos, desenvainando las espaldas, hirieron á muchos, haciéndolos á todos prisioneros.

Roldan había logrado su objeto.

La carabela de Ojeda necesitaba el bote, y estaba seguro de que su capitán haría algún sacrificio por recuperarlo.

En este caso, podía entrar en negociaciones.

En efecto: Ojeda, deseoso de recuperar el bote, con cuatro marineros y un soldado llegó á tierra y celebró una entrevista con Roldan.

Después de conferenciar, aunque á larga distancia uno de otro, establecieron las bases de una capitulación; obtuvo Roldan la libertad de los prisioneros, y Ojeda se alejó, no sin anunciar antes que volvería pronto con nuevas fuerzas á castigar la estratagema de que había sido víctima.

No las tenía Roldan todas consigo.

Dudaba de que hubiera partido Ojeda, puesto que le atribuía intenciones de apoderarse de la jefatura de la isla, y le confirmó en sus sospechas la noticia que recibió de que había desembarcado en la costa, aunque á bastante distancia.

Despachó Roldan gentes en su persecución; pero llegaron tarde, y tuvo que renunciar á perseguirla.

De cualquier modo, aquella insignificante campaña entusiasmaba á Roldan.

Podía decir muy alto que había prestado un gran servicio, no sólo al almirante, sino á los reyes de Castilla, evitando un conflicto, toda vez que si Alonso de Ojeda había ido á aquellas costas había sido con intención de dominarlas y subyugarlas para siempre.

Pidió permiso al almirante para regresar á Santo Domingo; Colón, que deseaba contemporizar con él, le escribió, dándole gracias por el celo que había desplegado en la defensa de sus derechos; pero al mismo tiempo le decía que permaneciese en Xaragua, porque era fácil que Ojeda estuviese acechando su marcha para volver de nuevo á la costa y apoderarse de la isla.

A pesar de que esta orden le contrariaba, se resolvió á obedecerla, porque entonces le convenia ganar terreno en el ánimo de Colón, á fin de que le perdonase su pasado.

Pero no tardó en estallar una nueva insurrección entre los colonos.

Adrian de Mogica, uno de los jefes de los rebeldes, prendado también de la hermosura de Anacaona, se había valido de la astucia para hacerla salir de la caverna donde se había refugiado cerca de Biautex.

Para conseguirlo le había hablado de este modo:

—Higuanamota, tu hija, ha partido á España con Hernando de Guevara; su alegría vá á ser inmensa al encontrar allí á Caonabo, colmado de honores por los reyes; pero el valeroso cacique sentirá en extremo

no ver allí á su esposa. Yo he admirado siempre la energía de tu carácter, el amor que profesas á Caonabo, é interesado por tí, vengo á hacerte una proposición.

Anacaona le escuchó atentamente.

—Aquí estás sola,—añadió Mogica;—los seres más queridos de tu corazón han ido á España: yo debo salir muy en breve en un buque, y puedo llevarte en mi compañía.

—¿Y he de dejar á mi patria, y he de abandonar á mis vasallos, cuando todos sus grandes caciques gimen bajo el peso de las cadenas?

—Y qué, ¿no te perdonarán y te agradecerán esta deserción cuando vuelvas con tu esposo Caonabo á ser soberana por orden de los reyes de España?

Además, tu hija y tu esposo te llaman allí; no pierdas esta ocasión; y si aceptas, guarda el mayor secreto, porque el almirante no quiere que abandones la isla.

Anacaona parecía decidida á aceptar la proposición.

Este quería tenderle un lazo.

—Tengo orden,—le dijo,—de encaminarme á la costa de Xaragua para embarcarme allí en una carabela que enviará el almirante. Vuelve á tu palacio: allí combinarás los medios de partir, y no tengas miedo; Roldan, tu perseguidor, está muy lejos, y yo no me apartaré de tu lado.

Anacaona cayó en la red y volvió á Xaragua.

El taimado Mogica continuó viéndola á menudo,

sin manifestarla los verdaderos deseos que le inspiraba su hermosura.

Ocultaba su presa á las miradas de todo el mundo, para poder alcanzar su triunfo con más seguridad.

No faltó, sin embargo, quien anunció á Roldan los medios de que se había valido Mogica para subyugar á Anacaona.

Roldan, que no había olvidado la pasión que había despertado en él la reina de Xaragua, se preparó á combatir con su camarada para arrebatársela de sus manos y satisfacer su pasión.

Este deseo estaba llamado á producir nuevos conflictos en la colonia.

## Capítulo LXXVIII.

### Ardides de Mogica.

No tardó Mogica en saber que acechaba sus pasos Roldan, y como le conocía lo bastante para saber que lograría con maña destruir sus proyectos, apresuró el momento de realizarlos.

Anacaona no era ni su sombra.

Había sufrido demasiado desde que los españoles habían llegado por primera vez á su hermoso país, y las desgracias, más que el tiempo, habían impreso sus tristes huellas en su rostro.

Fijándose un instante en las situaciones por que había pasado la pobre reina, no podía menos de sentir el alma compasión hácia su infortunio.